

CAUSA DE LA MUERTE: SUICIDIO.

Una sala de autopsias es mucho más grande y está mucho más iluminada de lo que la gente cree. La culpa la tienen las películas poco documentadas y las series de televisión con aire *cool*, qué a sabiendas de que realmente están ofreciendo una visión inadecuada al espectador, deciden mostrar estas salas con poca iluminación, dándoles así un aire tétrico y misterioso. Para el doctor Ortiz, esas series y películas dejaban de tener el más mínimo interés en cuanto se salían un ápice de las pautas de lo que es realmente una sala de autopsias. En la vida real las salas de autopsias gozaban de una espléndida iluminación, sin la cual, realizar exámenes a los cadáveres que llegaban se convertiría en una tarea de lo más complicada.

El doctor Ortiz agradecía la presencia de aquella gran batería de luces, menos aquel día. La autopsia que iba a ejecutar en aquel momento iba a ser un tanto especial. Había decidido saltarse todo el protocolo de tal manera que podría realizarla a oscuras.

El cadáver era el de una joven hallada muerta en su domicilio en extrañas circunstancias. Una vecina de la chica llamó a la policía al oír ruidos y gritos en el piso de la difunta. Al llegar, los agentes la encontraron en la bañera, con las muñecas cortadas. Había muerto desangrada. La cuchilla que utilizó para quitarse la vida estaba en el suelo y aun quedaba sangre en la bañera que no se había ido por el desagüe. Por lo demás el piso estaba en orden, no había signos de lucha ni de que alguien más hubiese estado allí la noche del crimen. Sin embargo el testimonio de la vecina de la chica indicaba todo lo contrario, ya que afirmaba con rotundidad haber oído a la víctima gritar y ruidos de forcejeos y golpes, procedentes todos del piso de la desafortunada joven.

La familia no entendía que se quitara la vida, ya que nunca había mostrado tendencias suicidas, era una joven vital, qué progresaba con éxito en su carrera universitaria y qué caía bien a todo el mundo. Sobre lo único que no pudo la familia

aportar datos a la policía fue sobre su vida amorosa. Ni los padres, ni los hermanos, ni sus mejores amigas advirtieron que la joven tuviera novio o algún amigo especial.

La investigación policial, ante la falta de pruebas o de otros testigos, se cerró a los pocos días de haber empezado. No había indicios de que fuera asesinada. El testimonio de la vecina de la joven fue interpretado por las fuerzas de seguridad como un desvarío de la anciana.

Negándose al veredicto policial, la familia solicitó una autopsia para poder descartar el suicidio como causa de la muerte. Era el último cartucho que tenían en la recámara. Se negaban a la posibilidad de que la joven se suicidara y la única manera era llevando el cadáver a un médico forense.

El Dr. Ortiz, que estaba al tanto de la evolución del caso por la prensa, se ofreció para examinar el cuerpo cuando éste llegó al hospital. El director del centro le concedió carta blanca.

Al destapar el cadáver, el Dr. Ortiz sonrió. Era una chica preciosa. Una lástima tener que acabar con su vida de forma tan brusca, pero no le dejó otra opción. La chica era amante en secreto del Dr. Ortiz. Estuvieron viéndose durante un par de meses, pero por lo visto, aquella joven estudiante de enfermería de apariencia frágil y sensible se cansó de él. Debió conocer a algún chico en la facultad o sencillamente consideró que el doctorcito ya no le satisfacía, eso era lo de menos. Lo que más dolió y enfureció al médico forense fue que le amenazara con contarle a su esposa la relación que habían mantenido si no le daba una gran suma de dinero a cambio de su silencio.

Con la cabeza fría, el doctor Ortiz planeó quitarse de en medio a aquella cría insolente. Habría estado dispuesto a abandonar a su esposa por ella, pero después de que le tirara como a un pañuelo usado, no iba a dejar encima que le hiciese chantaje y mucho menos que destrozase su matrimonio y su carrera si no accedía a él. La mataría.

Quedó con ella en el piso de estudiante que tenía alquilado en el centro. Una vez allí intentó sedarla con un pañuelo empapado en cloroformo, pero la chica se reveló y tuvo que forcejear con ella con cuidado de no hacerle daño o causarle marcas; el Dr. Ortiz sabía como operaba la policía y si quería que la muerte de la joven pareciese un suicidio, sabía que no podía dejar rastro suyo en el piso, ni marcas de lucha en el cuerpo de la joven. La chica gritaba pidiendo socorro, pero los gritos cesaron en seguida cuando inhaló los vapores del pañuelo bañado en el líquido del sueño. Lo demás fue muy sencillo. Sin titubear, el Dr. Ortiz la desnudó, la colocó en la bañera, le cortó las venas de las muñecas con una cuchilla y a continuación se marchó del piso borrando las huellas que podía haber dejado.

Ahora tenía el fruto de su crimen sobre la mesa de operaciones.

Todo había salido como esperaba.

Solo quedaba ponerle la guinda a su plan. Realizaría la autopsia con normalidad, omitiría luego en los informes cualquier dato que encontrase que pudiera indicar que la chica había muerto asesinada, clarificando en el papeleo eso sí, que la causa de la muerte había sido claramente una lesión grave autoinfligida por la propia victima, o sea, que la causa de la muerte de la joven había sido: suicidio.

Nadie pondría en tela de juicio el veredicto de un refutado médico forense con cantidad de años de experiencia en la materia. Después de la operación, enterrarían el cadáver, y con él la verdad.

Era un plan perfecto, ejecutado con una maestría inmejorable.

Nadie podría culparle y saldría indemne.

Es la ventaja de ser medico forense y asesino a la vez.